

## CAPITULO XVI

Regreso de Dantón.—Divisiones en el partido de la Montaña.—Dantonistas y hebertistas.—Política de Robespierre y del comité de salvación pública.—Dantón, acusado en los jacobinos, se justifica y es defendido de Robespierre.—Abolición del culto de la Razón.—Últimos perfeccionamientos introducidos en el gobierno dictatorial revolucionario.—Energía del comité contra todos los partidos.—Arresto de Ronsin, de Vincent, de los cuatro diputados autores del falso decreto, y de los presuntos agentes del extranjero.

Desde la caída de los girondinos, el partido montañés, solo y victorioso, había comenzado á fraccionarse; los excesos de la revolución, siempre más grandes, acabaron de dividirlo del todo, y acercábase el instante de un rompimiento. Á muchos diputados les había conmovido el desgraciado fin de los girondinos, de Bailly, de Brunet y de Houchard; y otros vituperaban las violencias cometidas respecto al culto, juzgándolas impolíticas y peligrosas. Decían que otras supersticiones sucedían á las que se trataba de destruir; que el pretendido culto de la Razón no era sino el del ateísmo; que éste no podía convenir á un pueblo; y que aquellas extravagancias eran pagadas por el extranjero. El partido que reinaba en los franciscanos y en el Ayuntamiento, que tenía á Hebert por escritor, á Ronsin y á Vincent por jefes, y á Chaumette y Cloutz por apóstoles, sostenía, por el contrario, que sus enemigos trataban de resucitar una fracción moderada, produciendo una nueva división en la república.

Dantón había vuelto de su retiro, y no manifestaba su pensamiento; pero en vano trataría de ocultarlo un jefe de partido, pues se divulga de unos en otros, y muy pronto llega á ser evidente para todos los ánimos. Sabíase que hubiera querido impedir la ejecución de los girondinos, y que le había conmovido su trágico fin; no se ignoraba que, partidario é inventor de los medios revolucionarios, comenzaba á vituperar su uso feroz y ciego; que no le parecía que la violencia debía prolongarse más allá del peligro; y que al fin de la campaña actual y después de la completa expulsión de los enemigos, quería restablecer el reinado de las leyes templadas y equitativas. Nadie se atrevía á atacarle en la tribuna de los clubs; Hebert no osaba insultarle en su diario el *Padre Duchesne*; pero propagábanse verbalmente los rumores más insidiosos; se insinuaban sospechas sobre su probidad; recordábanse con más perfidia que nunca las negociaciones de Bélgica, de las cuales le atribuían una parte; y hasta se llegó á decir, durante su permanencia en Arcis-sur-Aube, que había emigrado llevándose sus riquezas. No eran menos censurados Camilo Desmoulins, su amigo, que compadeció igualmente á los girondinos, defendiendo á Dillón; y Philippaux, que volvía de la Vendée furioso contra los desorganizadores, y dispuesto á denunciar á Ronsin y Rossignol. Comprendíase asimismo en su partido á todos aquellos que de una manera ú otra habían desmerecido de los revolucionarios exaltados, y su número comenzaba á ser bastante considerable.

Julién de Tolosa, ya muy sospechoso por sus relaciones con Espagnac y los contratistas, había acabado de comprometerse por un informe sobre las administraciones federales en el que trataba de excusar los errores de la mayor parte de ellas. Apenas le hubo leído, los franciscanos y los jacobinos le obligaron á retractarse; después abrieron un informe sobre su vida privada, y habiendo descubierto que vivía con agiotistas, y que tenía por querida una ex condesa, declaráronle todos á la vez corrompido y moderado. Fabre d'Eglantine acababa de cambiar repentinamente de situación, desplegando un lujo que no se le conoció antes; y Chabot, el capuchino Chabot, que al tomar parte en la revolución disfrutaba sólo de su pensión eclesiástica, acababa de adquirir también un magnífico mobiliario, casándose con la joven hermana de los dos Frey, con un dote de doscientas mil libras. Estos cambios tan rápidos de fortuna excitaron sospechas contra los nuevamente enriquecidos; y una proposición que hicieron á poco á la Convención acabó de perderlos. El diputado Osselin acababa de ser detenido, según se dijo, por ocultar á un emigrado: Fabre, Chabot, Julién y Delaunay, que no estaban tranquilos por sí mismos, y Bazire y Thuriot, que nada tenían que echarse en cara, pero que veían con temor que ya no se respetaba á los diputados de la Convención, propusieron un decreto en el cual se prevenía que ningún diputado pudiera ser detenido sin escuchársele antes en la barra. Este decreto se aprobó; pero todos los clubs y los jacobinos se pronunciaron contra él, pretendiendo que se trataba de restablecer la *inviolabilidad*. Después de hacer que se anulase, comenzaron á instruir el más severo informe acerca de los que le habían propuesto, respecto á su conducta, su origen y su repentina fortuna. Julién, Fabre, Chabot, Delaunay, Bazire y Thuriot, perdiendo su popularidad en pocos días, fueron comprendidos entre los hombres sospechosos y moderados; y Hebert les dirigió groseras injurias en su diario, entregándoles al vil populacho.

Otros cuatro ó cinco individuos sufrieron también igual suerte, aunque reconocidos hasta entonces como excelentes patriotas: eran Prolí, Pereyra, Guzmán, Dubuissón y Desfieux. Nacidos casi todos en suelo extranjero, vinieron, como los dos Frey y como Cloutz, á tomar parte en la revolución francesa por entusiasmo, y probablemente también por su necesidad de hacer fortuna, sin que nadie se ocupara de lo que eran mientras se les vió abundar en la idea de la revolución. Prolí,

que era de Bruselas, fué enviado con Pereyra y Desfieux á informarse de las intenciones de Dumouriez; hicieron que se explicase, y volvieron, como ya hemos indicado, á denunciarle á la Convención y á los jacobinos. Todo iba bien hasta aquí; pero después fueron empleados por Lebrún, porque siendo extranjeros é instruidos, podían prestar servicios en las relaciones exteriores. Al ponerse en comunicación con Lebrún, llegaron á estimarle, y más tarde le defendieron. Prolí había conocido mucho á Dumouriez, y á pesar de la defección de este general, persistió en elogiar sus talentos y en decir que se hubiera podido conservar para la república. En fin, casi todos, conociendo mejor los países vecinos, habían vituperado la aplicación del sistema jacobino en Bélgica y en las provincias agregadas á Francia. Sus opiniones fueron escuchadas, y cuando por una desconfianza general se imaginó la intervención secreta de una facción extranjera, comenzó á sospechar de ellos y á recordar sus discursos. Súpose que Prolí era hijo natural de Kautitz; se supuso que era el director de las tramas, y se les consideró á todos como espías de Pitt y de Coburgo. Poco después, el furor no tuvo ya límites, y la exageración misma de su patriotismo, que ellos creyeron propia para justificarles, sólo sirvió para comprometerles más aún. Confundiéronse en el partido de los equívocos y de los moderados, y cuando Dantón ó sus amigos tenían que hacer alguna observación sobre las faltas de los agentes ministeriales ó acerca de las violencias ejercidas contra el culto, el partido de Hebert, Vincent y Ronsin lo achacaba todo á la moderación, á la corrupción y á la facción extranjera.

Según la costumbre, los moderados devolvían á sus contrincantes esta acusación, diciéndoles: «Vosotros sois los cómplices de esos extranjeros; todo se relaciona en vosotros, la común violencia de vuestro lenguaje, y el proyecto de trastornar todas las cosas, llevándolas á lo peor. Ved, añadan, ese Ayuntamiento que se arroga una autoridad legislativa, dando leyes bajo el modesto título de acuerdos; que lo regula todo, policía, subsistencias y culto; que substituye por su propia autoridad una religión á otra, reemplazando las antiguas supersticiones por otras nuevas; que predica el ateísmo y se hace imitar por todas las municipalidades de la república; ved esas oficinas del ministerio de la Guerra, de donde sale una multitud de agentes que van á las provincias á rivalizar con los representantes, á ejercer las mayores vejaciones y á desacreditar la revolución con su conducta. Ved ese Ayuntamiento y esas oficinas: ¿qué quieren sino usurpar la autoridad legislativa y ejecutiva, desposeer á la Convención y á los comités, y disolver el gobierno? ¿Quién puede impulsarles á ese extremo sino los extranjeros?»

En medio de estas agitaciones y contiendas la autoridad debía tomar una providencia rigurosa. Robespierre opinaba, con todo el comité, que estas mutuas acusaciones eran sumamente peligrosas: su política, como ya hemos visto, había consistido, desde el 31 de mayo, en impedir un nuevo desbordamiento revolucionario, aunando las opiniones alrededor de la Convención, y á ésta con el comité, á fin de crear una autoridad enérgica; y para ello habíase servido de los jacobinos, cuyo dictamen predominaba entonces. Estas nuevas acusaciones contra patriotas tan acreditados como Dantón y

Camilo Desmoulins le parecían muy peligrosas; temía que ninguna reputación fuese respetada por los ánimos desenfadados; temía que las violencias respecto al culto indispusiera á una parte de Francia, comunicando á la revolución el carácter de atea; y creía, por último, ver la mano del extranjero en esta gran confusión. Por eso no dejó de aprovechar la oportunidad de explicarse en los jacobinos, que muy pronto le proporcionó Hebert.

Habíanse traslucido las intenciones de Robespierre, y se susurraba sordamente que iba á pronunciarse contra Pache, Hebert, Chaumette y Cloutz, autores del movimiento contra el culto. Prolí, Desfieux y Pereyra, comprometidos ya y amenazados, querían enlazar su causa con la de Pache, Chaumette y Hebert; vieron á estos últimos, y dijéronles que se tramaba una conspiración contra los mejores patriotas; que todos se hallaban en igual peligro, y que era necesario sostenerse y resguardarse mutuamente. Hebert se dirige entonces á los jacobinos el 1.º de frimario (21 noviembre 1793), y se queja de un plan de desunión que tiene por objeto dividir á los patriotas.

«En todas partes, dice, encuentro personas que me felicitan por no haber sido arrestado; dícese que Robespierre se propone denunciarme, así como á Chaumette y Pache... En cuanto á mí, que todos los días me pongo por delante para defender los intereses de la patria, y que digo cuanto me pasa por la cabeza, esto podría tener algún fundamento, ¡pero Pache!... Conozco todo el aprecio que le profesa Robespierre, y desecho lejos de mí semejante idea. Se ha dicho también que Dantón había emigrado; que se fué á Suiza cargado con los despojos del pueblo... Yo le encontré esta mañana en las Tullerías; y puesto que se halla en París, es preciso que venga á explicarse fraternalmente en los jacobinos, pues todos los patriotas deben desmentir los rumores injuriosos que acerca de ellos circulan.» Hebert refiere después que Dubuissón le ha facilitado una parte de estos detalles, manifestando deseos de darle cuenta de una conspiración contra los patriotas; y siguiendo la costumbre de achacarlo todo á los vencidos, añade que la causa de los disturbios está en los cómplices de Brissot que viven aún y en los Borbones que han quedado en el Temple.

Robespierre sube al punto á la tribuna y dice: «Es verdad que nuestros más peligrosos enemigos se hallan en los impuros restos de la raza de nuestros tiranos. Lo que más desea mi corazón es que la raza de los déspotas desaparezca de la tierra; pero ¿puedo hacerme ilusiones sobre la situación de mi país, hasta el punto de creer que este acontecimiento bastaría para extinguir el foco de las conspiraciones que nos devoran? ¿A quién se podrá hacer creer que el castigo de la despreciable hermana de Capeto impondría más á nuestros enemigos que el del mismo Capeto? y de su criminal compañera?»

«¿Es verdad también que la causa de nuestros males sea el fanatismo? ¡El fanatismo expira! Hasta podría decir que ha muerto. Al llamar hacia él toda nuestra atención hace algunos días, ¿no la desvían de nuestros verdaderos peligros? Os inspiran temor los sacerdotes, y ellos se apresuran á renunciar sus títulos para cambiárselos por los de cargos municipales, de administrado-

res, y hasta de presidentes de las sociedades populares... Estaban muy encariñados en otro tiempo con su ministerio, cuando les valía setenta mil libras de renta; pero han renunciado cuando ya no valió sino seis mil... Sí, temed su ambición, no su fanatismo; no el hábito que llevaban, sino la nueva piel que han revestido; no temáis la antigua superstición, sino la nueva y falsa que se trata de fingir para perdernos.»

Robespierre, abordando aquí francamente la cuestión de los cultos, añade:

«Vengan los ciudadanos animados de puro celo á depositar en el altar de la patria monumentos inútiles y pomposos de la superstición, para que contribuyan á los triunfos de la libertad, pues la patria y la razón sonríen ante estas ofrendas; pero ¿con qué derecho vienen la aristocracia y la hipocresía á mezclar su influencia con la del civismo? ¿Con qué derecho vienen unos hombres desconocidos hasta hoy en la carrera de la revolución á buscar, en medio de todos estos acontecimientos, los medios de usurpar una falsa popularidad; de inducir á los patriotas mismos á la adopción de falsas medidas, y de introducir entre nosotros la perturbación y la discordia? ¿Con qué derecho vienen á turbar la libertad de los cultos en nombre de la libertad, y á combatir el fanatismo con otro nuevo? ¿Con qué derecho pretenden que los homenajes rendidos á la pura verdad degeneren en eternas y ridículas farsas?»

«Se ha supuesto que al recibir las ofrendas cívicas, la Convención había proscrito el culto católico. No, la Convención no ha dado este paso, ni lo dará nunca. Su intención es mantener la libertad de cultos que ha proclamado, reprimiendo al propio tiempo á cuantos abusasen de ella para turbar el orden público. No permitirá que se persiga á los ministros pacíficos de las diversas religiones, y los castigará severamente cuantas veces osaren prevalerse de sus funciones para engañar á los ciudadanos y valerse de las preocupaciones ó del realismo contra la república.

«Hombres hay que quieren ir más lejos; que bajo el pretexto de destruir la superstición, quieren hacer una especie de religión del ateísmo mismo. Todo filósofo, todo individuo puede adoptar en esto la opinión que más le plazca; y cualquiera que le juzgue criminal por ella, es un insensato; pero el hombre público y el legislador que adoptasen semejante sistema serían cien veces más insensatos. La Convención Nacional le aborrece, porque no es fabricante de libros ni sistemas, sino un cuerpo político y popular, y *el ateísmo es aristocrático*. La idea de un gran Ser que vela sobre la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante es enteramente popular. El pueblo y los desgraciados me aplauden, y si yo encontrase censores, sería entre los ricos y criminales. Desde el colegio he sido mal católico, pero nunca he sido ni amigo indiferente, ni defensor infiel de la humanidad. Apasionado á las ideas morales y políticas que acabo de enunciar, opino que *si Dios no existiese, habría que inventarlo*.»

Después de haber hecho Robespierre esta profesión de fe, imputa á los extranjeros las persecuciones contra el culto y las calumnias contra los mejores patriotas; pues como era en extremo desconfiado, y había supuesto realistas á los girondinos, creía mucho en la existencia de la facción extranjera, que, como hemos dicho, esta-

ba representada por algunos espías enviados á los ejércitos y algunos banqueros que intervenían en el agiotaje y estaban en relación con los emigrados. «Los extranjeros, dice, tienen dos especies de ejércitos: uno en nuestras fronteras, impotente y próximo á perecer, gracias á nuestras victorias, y otro más dañoso que existe entre nosotros; ejército de espías, de bribones asalariados que se introducen en todas partes, hasta en medio de las sociedades populares. Esta es la facción que persuadió á Hebert de que yo quería prenderle con Pache, Chaumette y todo el Ayuntamiento. ¿Yo perseguir á Pache cuya sencilla y modesta virtud he admirado y defendido siempre? ¿Yo, que por él he peleado contra Brissot y sus cómplices?» Robespierre alaba á Pache, pero nada dice de Hebert, y sólo añade que no olvida los servicios del Ayuntamiento cuando peligraba la libertad.

Después, desencadenándose contra lo que llama facción extranjera, hace recaer el enojo de los jacobinos sobre Prolí, Dubuissón, Pereyra y Desfioux; refiere su historia, y preséntalos como agentes de Lebrún y del extranjero, encargados de envenenar los odios, introducir la división en los patriotas y ensañar á unos contra otros. Por su manera de expresarse se ve que el odio que siente contra los antiguos amigos de Lebrún se mezcla con su desconfianza; y por último, hace que los expulsen á todos cuatro de la sociedad, entre los más estrepitosos aplausos, proponiendo en seguida un escrutinio depurador para todos los jacobinos.

De este modo fulminó Robespierre un anatema contra el nuevo culto, dando una lección severa á los discolos; no dijo nada favorable para Hebert, ni se comprometió hasta elogiar á este inmundo escritor, haciendo recaer el furor en los extranjeros que tuvieron la desgracia de ser amigos de Lebrún y de admirar á Dumouriez, censurando nuestro sistema político en los países de conquista. En fin, habíase arrogado la reforma de la sociedad, y consiguió se acordase hacer un escrutinio depurador.

En los días siguientes, prosiguiendo Robespierre su sistema, se presenta en los jacobinos para leer ciertas cartas anónimas y otras interceptadas, en las cuales se prueba que si el extranjero no es el autor de las extravagancias del nuevo culto, y de las calumnias respecto á los mejores patriotas, las aprueba cuando menos y las desea. Hebert había invitado en cierto modo á Dantón á explicarse: éste no lo hizo, desde luego, por no obedecer á una intimación; pero quince días después aprovechó una circunstancia favorable para tomar la palabra, con motivo de una cuestión referente á proporcionar á todas las sociedades populares un local á expensas del Estado. Dantón hace sobre este punto varias observaciones, hallando oportunidad para decir que si la Constitución debe dormir mientras que el pueblo hiere y espanta á los enemigos de sus trabajos revolucionarios, será preciso desconfiar de aquellos que quieren conducir á este mismo pueblo más allá de los límites de la revolución. Coupé del Oise contesta á Dantón, desfigurando sus ideas al combatirlos. Dantón sube al punto á la tribuna, en medio de algunos murmullos, é intima á los que contra él tengan motivos de desconfianza á que precisen sus acusaciones, para que pueda contestar públicamente. Quéjase del desagrado que se manifiesta

en su presencia, y exclama: «¿He perdido yo las facciones que caracterizan el rostro de un hombre libre?» Al proferir estas palabras, movía aquella cabeza que tantas veces se había visto y encontrado en las borrascas de la revolución, y que siempre sostuvo la audacia de los republicanos, sembrando el terror entre los aristócratas. «¿No soy ya, añade, ese mismo hombre que se halló á vuestro lado en todos los momentos de crisis? ¿No soy ya ese hombre tan perseguido, tan conocido de vosotros; ese hombre que tan á menudo abrazasteis como vuestro amigo, y con el cual habéis prestado el juramento de morir en los mismos peligros?» Entonces recuerda que fué el defensor de Marat, viéndose así precisado á escudarse con el nombre de aquel ser que en otro tiempo había protegido y despreciado. «Quedaréis admirados, dice, cuando os refiera mi conducta privada y veáis que la fortuna colosal que mis enemigos y los vuestros me han atribuido se reduce á los escasos bienes que siempre poseí. Desafío á los malévolos á producir una prueba contra mí; todos sus esfuerzos no bastarán para intimidarme. Quiero permanecer de pie á la faz del pueblo; vosotros me juzgaréis en su presencia, y no rasgaré la página de mi historia hasta que rasguéis la vuestra...» Dantón concluye pidiendo una comisión para examinar las acusaciones lanzadas contra él. Robespierre se lanza entonces á la tribuna apresuradamente y exclama: «Dantón os pide una comisión para examinar su conducta, y yo consiento en ello si cree que esta medida debe ser útil para él. Quiere que se precisen los cargos dirigidos contra él; ¡pues bien!, yo lo haré. Dantón, te acusan de haber emigrado; se ha dicho que habías pasado á Suiza; que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga; se ha dicho que ambicionabas ser regente bajo Luis XVII; que en una época determinada se preparó todo para proclamar á ese vástago de los Capetos, y que tú eras el jefe de la conspiración; que ni Pitt, ni Coburgo, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros verdaderos enemigos, y sí sólo tú; que la Montaña estaba formada por tus cómplices; que no se debía tratar con los agentes enviados por las potencias extranjeras; que sus conspiraciones eran fábulas dignas de desprecio; y en una palabra, que á ti era á quien se debía dar muerte, á ti sólo...!» Unánimes aplausos dominan la voz de Robespierre, que continúa de este modo: «¿No sabes tú, Dantón, que cuanto más valor y patriotismo tiene un hombre, más se encarnizan en su pérdida los enemigos de la causa pública? ¿No sabes, y no sabéis todos vosotros, ciudadanos, que este método es infalible? ¡Vamos!, si no se calumniara al defensor de la libertad, esto sería una prueba de que ya no teníamos nobles ni sacerdotes contra quienes combatir.» Aludiendo después al periódico de Hebert, en que se elogiaba mucho á Robespierre, añade: «Parece que los enemigos de la patria quieren confundirme con sus excesivas alabanzas; pero yo las desprecio. ¿Se cree por ventura que al lado de estos elogios, repetidos en ciertos diarios, no veo yo el cuchillo con que se ha querido asesinar á la patria? La causa de los patriotas es como la de los tiranos: son solidarios. Tal vez me engañe respecto á Dantón; pero visto en su familia, sólo merece elogios. Le he observado desde el punto de vista político, porque una diferencia de opinión me indujo á estudiarle con

cuidado, á menudo con cólera; ya sé que no se apresuró bastante á sospechar de Dumouriez; que no ha odiado lo suficiente á Brissot y á sus cómplices; pero si no ha sido siempre de mi opinión, ¿deduciré de aquí que era traidor á la patria? No; siempre le ví servirla con celo. Dantón quiere que se le juzgue: tiene razón. ¡Que me juzguen á mí también! ¡Preséntense esos hombres que son más patriotas que nosotros! Apostaría á que son nobles, privilegiados ó clérigos; hallaréis un marqués, y tendréis así la medida exacta del patriotismo de los hombres que nos acusan.»

Robespierre pide en seguida que tomen la palabra todos aquellos que tengan que hacer algún cargo á Dantón; pero nadie se atreve. El mismo Momoro, uno de los amigos de Hebert, es el primero en decir que no presentándose nadie, se tiene en ello la prueba de que nada hay que decir contra Dantón. Un individuo pide entonces que el presidente le dé el abrazo fraternal; consiéntese en ello, y acercándose Dantón á la mesa, recibe el abrazo en medio de aplausos unánimes.

La conducta de Robespierre en aquella ocasión había sido tan generosa como hábil: el peligro común á todos los buenos patriotas; la ingratitud con que se pagaban los servicios de Dantón, y en fin, una superioridad decidida, hicieron salir á Robespierre de su habitual egoísmo; y aquella vez, poseído de buenos sentimientos, fué más elocuente de lo que era dado á su naturaleza; pero el servicio que prestaba á Dantón debía ser más útil á la causa del gobierno y de los antiguos patriotas que le componían que al mismo Dantón, cuya popularidad estaba perdida. El entusiasmo no se rehace, ni podían presumirse aún bastantes peligros para que Dantón hallase en su valor el medio de probar su influencia.

Prosiguiendo Robespierre su obra, no dejaba de asistir á ninguna de las sesiones para la depuración. Llegando el turno á Cloutz, acúsale de relaciones con los banqueros extranjeros Vandéniver, y trata de justificarse; pero Robespierre, tomando la palabra, le recuerda su intimidad con los girondinos, su rompimiento con ellos por cuestión de un folleto titulado *Ni Roland ni Marat*, folleto en el que no atacaba menos á la Gironda que á la Montaña; sus exageraciones extravagantes; su obstinación en hablar de una república universal y en provocar el furor de las conquistas, comprometiendo á Francia con toda Europa. «¿Y cómo podía Mr. Cloutz, añade Robespierre, interesarse tanto en la felicidad de Francia, cuando tal interés le inspiraba la de Persia y del Monomotapa? Una crisis hay de que podrá alabarse. Voy á hablar del movimiento contra el culto, movimiento que, conducido con razón y lentitud, hubiera podido llegar á ser excelente; pero cuya violencia podía ocasionar también las mayores desgracias... Mr. Cloutz tuvo con el obispo Gobel una conferencia nocturna... Gobel dió palabra para el día siguiente, y vino, cambiando súbitamente de lenguaje y de traje, á entregar sus títulos de sacerdote... Mr. Cloutz creyó que nos dejaríamos engañar con estas farsas; pero no, los jacobinos no considerarán nunca como amigo del pueblo á este supuesto descamisado, que es prusiano y barón, que posee cien mil libras de renta, que come con los banqueros conspiradores y que es, en fin, no el orador del pueblo francés, sino del género humano.»